

espiado por dos divisiones rusas. Jomini, actor y espectador de esta batalla, da de uno y otro lado iguales contingentes, salvo reconocer la superioridad de la artillería rusa por el número de sus piezas, y la de los franceses por la precisión de sus movimientos y buena puntería.

La batalla principió por un combate terrible de artillería. Las baterías de uno á otro lado tiraban como si se tratase de derribar una muralla. La muralla existía de uno y otro lado, pero era de carne

humana. La artillería abría á cada momento inmensas brechas que eran cerradas en un instante; los rusos, expuestos más que los franceses, eran en realidad diezmos, pero sus líneas de formación permanecían intactas. Cansados de sufrir aquella terrible granizada de balas resolvieron atacar la izquierda francesa; pero apenas habían principiado su movimiento para envolverla, cuando un violento fuego de fusilería suena por la parte de Spallen. Era Davout, á quien Napoleon había hecho hacer



GENERAL BLÜCHER

un rodeo á fin de que atacase por la izquierda rusa y casi á sus espaldas. Este era el momento previsto por Napoleon para arrojarse sobre sus enemigos. Davout ahuyenta de delante de sí á las dos divisiones que querían cerrarle el paso y aparece tras ellas en el campo de batalla, pero los rusos permanecen firmes en sus puestos. Napoleon para favorecer el ataque de su general arroja el cuerpo de Augereau sobre el centro ruso. Augereau se pone á su frente espada en mano á pesar de estar muy enfermo desde hacía algunos días y lleva al enemigo las divisiones Desjardins y Hendelet que son ametralladas sin piedad por el enemigo. Sin embargo, Augereau continúa avanzando. Pero de pronto, el viento que daba de cara á los soldados franceses levanta tales torbellinos de nieve, que el cuerpo entero de Augereau quedó envuelto por ella inmovilizándole. Los rusos se aprovecharon para acabar de deshacer á

metrallazos á aquellos desgraciados quienes, apenas libres de la nieve, vieron caer sobre sí la caballería rusa que lo destruyó todo, llegando en su furioso avance hasta las paredes del cementerio de Eylau, en donde estaban Napoleon y la guardia. El cuerpo de ejército de Augereau había desaparecido. Después de la batalla quedó suprimido. Augereau, herido en la cabeza, se lamentaba del abandono en que se le había dejado. Las banderas de sus regimientos fueron paseadas por las calles de Petersburg.

Napoleon comprendió todo lo peligroso de su situación al ver deshecho su centro y ordenó á Murat que formase en una sola masa sus ochenta escuadrones y que á su vez cargara á la caballería enemiga. Murat, con su indomable intrepidez ejecutó la maniobra ordenada. Rechazó la caballería rusa, la acuchilló, y tras ella siempre hundió la pri-

mera línea rusa. Sus escuadrones pasaron. Hundió la segunda línea rusa; sus escuadrones pasaron también. Pero la tercera línea rusa fué inquebrantable y Murat tuvo que tocar retirada viéndose obligado de abrirse nuevamente paso por entre las mismas líneas enemigas que fusilaban sus soldados á quema-ropa. Al mismo tiempo Bennigsen lograba detener el avance de Sout. La situación se hacía por momentos difícil para los franceses. Davout se preparaba á hacer un nuevo esfuerzo cuando caen

sobre él resueltamente ocho mil prusianos que Lestocq había conseguido arrancar á la persecución de Ney engañando á éste que continuó persiguiendo á unos cuantos batallones. Lestocq que se había lanzado sobre el cuerpo de Davout sin prevenir siquiera á Bennigsen de su presencia, pero éste vió lo que pasaba, reforzó á Lestocq y en un momento recuperó todo el terreno que le había hecho perder Davout. La derrota de los franceses parecía inminente cuando Ney comparece para salvar la situa-



GENERAL LASALLE

ción. Habiendo conocido el engaño de que había sido víctima, abandonó la persecución de los prusianos que continuaban retirándose á su frente y marchó al cañón. Desembarcó en el campo de batalla por Schmoditten y su presencia sola bastó para contener el avance de Lestocq. Los rusos no pudieron cantar victoria; los franceses no podían decir que hubiesen ganado la batalla.

Las pérdidas habían sido iguales ó poco menos por ambas partes, y si los prisioneros hechos por Napoleon al atacar su centro los rusos daban testimonio de su triunfo, las doce banderas enviadas por Bennigsen al emperador Alejandro atestiguaban que no había sido el general ruso derrotado.

Bennigsen, sin embargo, abandonó el campo de batalla continuando en ordenado movimiento de retirada, esto cuando los generales franceses acon-

sejaban á Napoleon su retirada detrás del Vístula, y cuando los generales rusos rogaban encarecidamente á Bennigsen que se comenzara de nuevo la batalla al día siguiente.

La posesión del campo de batalla hizo creer á los soldados franceses que aquella «inútil carnicería», como dijo Napoleon, había á lo menos servido para contar una victoria más. El ejército ignoraba que Napoleon, el vencedor de Eylau, enviaba en aquellos momentos al rey de Prusia al general Bertrand para ofrecerle la paz con arreglo á las condiciones mismas presentadas por Prusia, y que fueron causa de la guerra. Esto sólo nos dice que vencido ó vencedor, Napoleon no se consideraba seguro. Todavía más. Apenas iniciada la retirada á los cuarteles de invierno, porque Napoleon desistió de continuar la persecución de Bennigsen, aparecieron

los cosacos sobre la retaguardia del ejército mandada por el general Colbert. Años después hubo de recordar Napoleon esta aparición. Colbert para no verse cortado no tuvo más remedio que abandonar los franceses heridos que iban en más de doscientas carretas. Esto lo sabemos por haberlo escrito el ayudante de Ney, Fezensac, que aquel había enviado al general Colbert. Bennigsen pudo, pues, decir con razón que había perseguido á Napoleon.

Napoleon, pues, se retiraba con ánimo decidido de buscar de un modo ú otro la paz que tan difícil se le hacía ya alcanzar, pero desde el momento que se había decidido á alcanzarla no era arriesgado pronosticar que podría alcanzarla, ¿acaso no era él quien tenía en sus manos la tranquilidad de Europa? Con dejar pura y simplemente que las cosas siguieran su curso natural habríase alcanzado. Pero en esto no se podía pensar; la altivez de Napoleon no podía consentir concesiones que habían de probar á Francia que su gran genio militar se había equivocado. Una equivocación probada le cuesta casi siempre á un monarca su corona.

Pero Napoleon podía llegar á la paz haciendo concesiones á expensas mismas de sus amigos, y ya hemos visto que en este escrúpulo algunos le detenían. Ahora al querer tratar de la paz con Prusia y Rusia se le imponía dar desde luego una solución á la cuestión polaca por él resucitada y no vaciló; las instrucciones dadas al general Bertrand dicen: «El general Bertrand dejará entrever que en cuanto á Polonia, desde que el emperador la conoce, ha dejado de estimarla.» Esto escribía Napoleon el 13 de Febrero de 1807.

Prusia advertida por la experiencia no se dejó coger en el lazo que se le tendía. Negóse á separar su suerte de Inglaterra y de Rusia, esto mientras Napoleon por su parte persistía en tratar con Prusia sola. La misión, pues, del general Bertrand no dió resultado alguno; la guerra quedó aplazada para la próxima primavera.

Napoleon puso su cuartel general en Osterode, apoyándose ahora en Thorn como antes en Varsovia. Su ejército lo estableció detrás del Passarge y del Alle. Su extrema izquierda estaba en Braunsberg, su derecha iba de Gilgenburg á Willenberg. Esta posición era mucho más fuerte que la anterior, pero sobre ella llevaba la desventaja de tener muy lejos los puntos de aprovisionamiento del ejército que sufrió inmensas penalidades durante todo el invierno.

Lo que salvó á Napoleon fué la inacción forzosa á que se vió reducido durante todo este tiempo

Bennigsen. Sin ejército no podía pensar en continuar sus atrevidas operaciones para sorprender los diseminados cuerpos del ejército francés, y en Rusia la concentración de un ejército cualquiera en un punto dado era entonces cosa de meses y se estaba por añadidura en el corazón del invierno. Fué, pues, preciso resignarse y dejar que los franceses fueran mejorando su posición tomando varias plazas fuertes de Prusia y de Silesia, y que Savary que había reemplazado en Varsovia á Lannes que se puso enfermo desalojara á viva fuerza del Narew las tropas rusas que dificultaban las comunicaciones. Los suecos que habían dado 15.000 hombres á la coalición y ocupaban Stralsund, batidos primero en Passowalk por Mortier y bloqueados luego en la dicha ciudad marítima debieron estimarse dichosos al poder escapar gracias á la tregua que se concedió á Gustavo IV y que por de pronto daba por resultado el separar á los suecos de la coalición. Al reanudarse la campaña, en fin, el rey de Prusia no poseía mas que una plaza fuerte y ésta era Memel, sitio de su residencia.

En el Sud los turcos pudieron conseguir hacer frente á Michelson en el Danubio, pues apenas empezadas las operaciones ya tuvo éste que desprenderse de una división tras otra para reforzar á Bennigsen. Esta falta de tropas y la distancia paralizó el esfuerzo de los dos generales rusos.

En Constantinopla mismo ganaba Selim dirigido por Sebastiani una verdadera victoria sobre los ingleses. El almirante Duckworth que estaba sobre las costas de España recibió orden de forzar los Dardanelos y presentarse delante de Constantinopla á fin de sostener el ultimatum que debía presentar el ministro inglés Arbuthnot, exigiendo la entrada de Turquía en la coalición. Duckworth forzó como un bravo los Dardanelos y se presentó delante de Constantinopla sembrando en ella el terror y el espanto. Sin embargo, los franceses habían atendido á su defensa construyendo buen número de baterías que el general Diligeon dirigió, y creando una artillería cuyo personal había sido instruído y era ahora dirigido por oficiales franceses enviados por Napoleon.

Cuando el sultán vió á los navíos ingleses el 21 de Febrero echar la áncora delante del serrallo, se sintió sobrecogido del mismo terror que reinaba en toda Constantinopla, entrando inmediatamente en tratos con el almirante inglés.

Sebastiani aprovechó este suspiro para reanimar al abatido Selim, asegurándole la victoria, le alienta á que continúe las negociaciones interin él completa

la defensa de la ciudad haciéndole que pida como condición de entrar en tratos la retirada de Duckworth de delante la ciudad. Consienten los ingleses que no creen posible resistencia alguna y cuando cinco días después,—el 26 de Febrero,—descubren los ingleses el juego, ya es tarde. Ahora la que está en peligro no es Constantinopla sino la escuadra inglesa. Los vientos se declaran en favor de Selim, y Duckworth ni siquiera puede volver á presentarse delante de Constantinopla, viéndose obligado á buscar la salida de los Dardanelos saciando su furor en cuantos buques turcos encuentra á su paso logrando, empero, salir de la ratonera no sin graves averías en sus buques,—3 de Marzo.

Napoleon se enteró de lo que había pasado en Constantinopla á primeros de Abril. Su satisfacción fué inmensa como lo acreditan las cartas que envió á Selim y á Sebastiani. Al sultán le decía que le habían propuesto la paz con las condiciones que el dictara á condición, empero, de que se «ratificase el estado de cosas establecido entre la Puerta y la Rusia por el tratado de Sistowa y me he negado á ello. He respondido que era necesario que se asegurase á la Puerta una independencia absoluta,»—3 de Abril de 1807.

No trataba con menos cariño á Suecia de la que en su delirio amoroso llegó á escribir que «geográfica é históricamente era la amiga de Francia,»—Boletín LXII,—y sin embargo, lo mismo que para Polonia pensaba en hacer traición á la Puerta y en abandonar la Suecia cuyo apoyo ahora solicitaba.

Turquía, Suecia y Polonia podían ser los aliados de Napoleon y de Francia, pero Suecia y Polonia no estaban en las condiciones de antes. Ni unidas ahora ni separadas, ni apoyadas por Turquía estaban en disposición de tener á raya á las tres potencias que se habían repartido la Polonia y que Napoleon no ponía prisa alguna en reconstituir. Napoleon necesitaba un gran aliado y por esto ahora nuevamente, en vista del desaire de Prusia cada vez más íntimamente unida con Rusia, buscaba de nuevo el apoyo de Austria á la que ofrecía garantizar la neutralidad de Turquía, y hacer causa común para obtener para Austria un equivalente para toda adquisición territorial que hiciera Rusia,—3 de Marzo.

Vincent á quien Talleyrand habla de esto se mostró más sorprendido que contento, Napoleon vuelve á la carga.

«Es necesario, escribe á Talleyrand el 9 de Marzo, que M. de Vincent nos diga que es lo que desean, pues, todo debe acabar por un sistema entre Francia y Austria ó entre Francia y Rusia.» Las inquietudes de Austria no tienen razón de ser, pues el plan del emperador es este: «Restituir al rey de Prusia su trono y sus Estados, y mantener la integridad de la Puerta.» No queriendo Austria el reparto de Turquía invoca de nuevo el gran principio de la integridad. «En cuanto á Polonia, añade en seguida, esto queda ya dicho en la primera parte de la frase,» es decir, que la restitución de los Estados del rey de Prusia una vez estipulada, ya no podía ser cuestión de Polonia. De modo que daba de sus soldados los polacos la misma buena cuenta que de sus amigos los turcos. Ofrece sacrificarles á Austria como había ya ofrecido sacrificarlos á Prusia. ¿Evita por lo menos, durante este tiempo, el comprometerles, echándoles adelante? No; jamás ha sido más pródigo de su sangre y de sus recursos. Dos días antes, el 6 de Marzo, escribió á Zajonchek para que apresurase la completa organización de su cuerpo de ejército que iba á aumentar hasta veinticinco mil hombres; le invita á que aliste bajo sus banderas á toda la nobleza de la orilla derecha del Vístula; y el mismo día anuncia á Talleyrand que va á insurreccionar la Volhynia y la Padolia. ¿Es que tiene que quejarse de su lentitud y flaqueza? Todavía menos, el mismo lo reconoce en los términos más explícitos. «Procurad convencer á Gouvion, escribe á Talleyrand el día 6 de Marzo de 1807, que se apasiona demasiado contra los poloneses. Me parece que prestan tantos servicios como permiten las circunstancias.» Véase, pues, cuán en lo cierto estaban los patriotas polacos ilustrados al decir que no se debía fiar en Napoleon.»—Lanfrey.

Austria se había encerrado en una reserva enigmática para Napoleon. Su actitud reservada se explicaba por su debilidad que se esforzaba en disminuir cada día haciendo verdaderos armamentos capaces de molestar los planes de Napoleon dentro de poco. Por esto, éste, perdida la paciencia, había dado orden á Talleyrand de que apretase á Austria hasta comprometerla en favor de la paz ó de la guerra. Napoleon para estar dispuesto á todas las eventualidades había llamado á las armas como el año anterior por anticipado á 80.000 hombres, esto es, la quinta del año 1808, anunciando á sus criaturas que estén prevenidos, pues, para Setiembre pensaba llamar los 80.000 hombres de la quinta del año 1809.

Rendida y mal trecha aún y todo, Austria podía causar grave impedimento á Napoleon de intervenir de improviso en la contienda puesto que quería impedir sus movimientos y adelantarsele en todo caso como siempre había hecho. Si Talleyrand hubiese